

Fecha: 24-04-2021
Medio: El Mercurio
Supl.: El Mercurio - Sábado
Tipo: Actualidad
Título: **MUCHO MÁS QUE LA ENAMORADA DE UN TOPO**

Pág.: 3
Cm2: 501,8

Tiraje: 126.654
Lectoría: 320.543
Favorabilidad: ☐ No Definida



Berta Ureta tiene un rol incidental pero cautivante en *El Agente Topo*, el filme chileno que compite como Mejor Documental en los Oscar, que se entregan mañana. La residente de un hogar de ancianos de El Monte fue monja, profesora y solo en su tercera edad decidió que quería ser actriz. Esta es la vida de una mujer que buscó la fama y que la logró después de muerta. **POR LEO RIQUELME**

Esa noche de noviembre de 2009, Daniela Zoror recuerda que pedaleó entusiasmada desde su hogar en Ñuñoa hasta Providencia. Ahí, en la casa de un amigo, llevaba semanas editando un cortometraje sobre una sociedad de corderos y la edición debía concluir esa madrugada.

Pero no sucedió. Presionaron *enter* para subir la línea de tiempo final y la pantalla se fue a negro. Hasta hoy, no sabe por qué se quemó el computador y todo se perdió.

—Qué en *shock* —dice al teléfono, desde Concepción, donde pasa la pandemia.

Daniela Zoror asegura que entre su pena y estupor pensó en su protagonista, Berta Ureta Urrutia, y la promesa que hizo.

A Berta llegó por un aviso que ella publicó en un sitio web para actores. Su requerimiento decía: "Necesito una señora mayor de 40 años que quiera grabar un corto muy simple, de un día de grabación".

La primera persona que respondió fue Berta. Llamó desde un hogar de ancianos de El Monte. Tenía 77 años.

—Me pareció tan curioso que alguien atendiera mi *casting* desde un asilo que fui para allá —dice Daniela—. Me hizo pasar, me contó su vida y empezó a mostrarse ropa, a mostrar sus bordados. Apenas la vi, pensé: esta es la señora que estoy buscando. Ella me dijo: "Mi sueño es ser actriz".

Berta nació en 1932 y siendo pequeña quedó huérfana. La familia decidió separar a las dos hijas del matrimonio. Ella se fue con una tía.

—Tuvo una niñez muy triste. La tía, más que criarla, la tenía de empleada, le pegaba y ella se fue y volvió a la casa de la tía —relata Julio Sepúlveda, diácono de la parroquia de El Monte y el gran amigo que tuvo Berta en su adultez.

En su entorno coinciden en que en el convento las cosas no mejoraron, pues por ser pobre y sin dote que donar, las religiosas la confinaron al asilo. Para peor, dice Julio Sepúlveda, una superiora le tomó mala, la inculcó de un robo que no cometió y la echaron. Pese a esto, se mantuvo hasta el final de los días como "Tercera Franciscana", es decir, una devota laica que vive bajo el ejemplo de San Francisco y que hace votos de castidad.

—Siempre fue señorita —aclara su única familiar viva, su sobrina Isabel Guerrero.

Fuera del convento, Berta comenzó a trabajar como asistente de un sacerdote, lo que la motivó a instruirse y a ingresar a la Escuela Normalista, donde se convirtió en profesora de enseñanza básica. Trabajó en escuelas de María Pinto, Melipilla y Talagante.

—Era muy amante de sus "macacos", como les decía a sus niños —comenta Isabel Guerrero, quien agrega que a la par tomó cursos de actuación y que solía participar entusiasmadamente en los actos de los colegios.

La sobrina sostiene que por muchos años su tía vivió en una casa quinta en María Pinto, donde la iba a visitar para disfrutar de la huerta y la conversación de Berta.

Años más tarde, Berta se fue a vivir a un departamento en Talagante, donde

estuvo hasta que jubiló. Ahí incrementó sus labores como ministra de comunión y visitante de enfermos. Su sobrina recuerda que empezó a sufrir dolores en las piernas. Al tanto de su situación, el párroco de la época le dio un consejo, que sus cercanos cuentan así:

—Le dijo: "Berta, ¿por qué no te vas a un hogar, en vez de estar gastando en luz, agua, gas? ¿Por qué no te vas al hogar de El Monte, que es muy bueno. Yo conozco a las monjas que lo administran".

Tras pensarlo unos días, aceptó. Era 1994, Berta Ureta tenía 62 años, vendió su vivienda, sus muebles y partió al Hogar San Francisco de El Monte.

La amistad entre el cura y las monjas le permitió a Berta acceder a una tarifa reducida y recibir la mejor pieza de la residencia: la *suite* del segundo piso, un lugar con baño y un balcón que da a la Plaza de Armas. En su cuarto llegó a tener una mesa, un altar a la Virgen, una máquina de coser, un refrigerador y hasta un computador.

La única petición que hizo fue que la autorizaran a salir y entrar cuando quisiera, y a invitar a tomar el té a quien le sentara en gana. Nadie lo objetó.

—Hacía una vida como si estuviera en el mejor condominio —describe su sobrina. Una funcionaria de la residencia que la conoce desde esa época, cuenta que Berta rápidamente demostró que, aparte de tejer bien, pintar, bordar y escribir poesía, tenía una personalidad desbordante. Visita que llegaba, ella se le acercaba y le conversaba por horas.

—Era florito, había una fiesta y ella se ponía a cantar o a recitar, no era buena cantante; que digamos, pero cantaba igual, se hacía notar. Si iba el alcalde, ella lo sacaba a bailar —comenta.

Su entorno coincide en que en el hogar Berta renació y comenzó a decir que había llegado el momento de cumplir un sueño de juventud: ser actriz.

Nadie sabe cómo llegó ahí, pero en 2009, con 77 años, su nombre apareció en Telón.cl, una revista de teatro que tiene una plataforma en la que actores profesionales y amateurs pagan una membresía anual de 10 mil pesos para ofrecer sus servicios.

—Cada vez que hacía el depósito, en vez de hacerlo como todo el mundo, que es mandar la transferencia por correo, ella me llamaba por teléfono y me dictaba el número. Así lo hizo los diez años que estuvo con nosotros —rememora entre risas la directora del sitio, Yorka Ojeda.

Su currículum en Telón muestra que en los años siguientes haría de mamá de Carlos Caszely en un *spot* del caramelo 1/2 hora, de profesora en la franja presidencial de Françoise Parisi, saldría en series como *Sinvergüenzas*, *gays* en *El club de la comedia* y en películas como *Stefan y/o Kramer 2* y *Calzones rotos*.

—Era muy matiz. Nunca supe si era profesional o no, pero lo parecía. Sabía lo que significaba un set, un guion, cómo aprenderse, cómo entrar en el personaje —destaca Carlos Leiva, director del premiado corto *Ambiente familiar*, donde ella hizo de abuela.

Aunque nunca alardeaba de esa parte de su vida, en el hogar conocían sus dotes históricas.

—Era brava, cuando iban a la capilla na-



Berta Ureta junto a Daniela Zoror, quien hace 11 años la puso como protagonista de un cortometraje que estuvo perdido. A la derecha, mientras la maquillaban para una escena.



En 2009, con 77 años, su nombre apareció en Telón.cl, una plataforma en la que actores profesionales y amateurs ofrecen sus servicios. Allí envió este set de fotos.

die podía meter bulla, porque ella ponía caras, cuando hacíamos fiestas, también; si no la tomábamos en cuenta al otro, se enojaba y miraba para arriba. Se amurraba como los cabros chicos —confidencia Yolanda Vidal, jefa de enfermería del centro.

En el hogar las funcionarias sienten que conocían tan bien a Berta, que no tuvieron dudas que no estaba actuando cuando dijo que le gustaba Sergio Chamy.

El equipo de producción de *El Agente Topo* ingresó al hogar en 2017 y como Berta era independiente y no tenía un tutor, ella misma dio el consentimiento para ser grabada.

Las funcionarias y la directora del filme, Maite Alberdi, coinciden en que por haber sido actriz, Berta fue la primera en acostumbrarse a las cámaras y además que se comportó como siempre, hasta que apareció Sergio Chamy, que llegaba como "agente encubierto" para buscar evidencia de supuestos maltratos contra una residente.

—Le gustó Sergio apenas entró al hogar. Siempre estaba buscándolo —cuenta desde Los Angeles la documentalista.

—Don Sergio era bien amable con las residentes, conversaba con todas, todas querían compartir con él —agrega Yolanda Vidal—. Pero empezamos a notar que Berta hablaba solo de él, le pasaba los postres, quería entregarle todo.

La enfermera recuerda que con las semanas la situación se intensificó.

—Con la Berta hablamos en la habitación y le dijimos: "No pases, usted no se puede enamorar de él, porque él es viudo". Ella se molestó un poquito, dijo que no, que eran amigos solamente. Yo fui donde la señora Sara (la directora del hogar) y le dije que me tenía preocupada la Berta, porque se estaba enamorando de don Sergio.

"Era muy matea. Sabía lo que significaba un set, un guion, cómo aprenderse, cómo entrar en el personaje", dice el director Carlos Leiva.

piso. Ahí apenas cabía su cama, una cómoda y el televisor. Ella lo resistió como si la despojaron de su mundo, dice.

—Lo único que nos decía era que la subiéramos o buscáramos una habitación grande abajo, pero estaban ocupadas —agrega la enfermera—. Fueron crueles sus últimos días.

Cuando parecía mejorar, sufrió un infarto letal.

Su amigo Julio Sepúlveda ese fin de semana había ido a Chillán a descansar y apagó el celular en la noche. Apenas supo de su muerte, el domingo corrió al hogar. Cuando las residentes más antiguas lo vieron, escuchó que dijeron en tono de broma: "Llegó el marido de la Berta".

Al funeral asistieron su sobrina Isabel y su familia, Sepúlveda y casi todas las funcionarias del hogar, quienes le lanzaron pétalos de flores blancas a la carroza y la acompañaron en romería hasta el cementerio.

—Fue muy bonito —explica el diácono—. La Berta era una mujer fuera de serie. A dos años, en el mausoleo del hogar aún no hay una placa con su nombre. Sus cercanos no se conforman. Julio Sepúlveda quiere verla con lápida, Isabel Guerrero le da vuelta a la posibilidad de trasladar sus restos a Santiago y Daniela Zoror quiere cumplirle la promesa.

Hasta 2017 conversaban regularmente por chat. Berta había decidido que necesitaba un computador, se compró uno, hizo un curso y se creó un correo: bertitacitric@gmail.com. Por ahí siempre le preguntaba que cuándo iba a presentar su cortometraje.

Nunca tuvo el coraje de decirle: "Señora Berta, sabe que, el corto lo tenemos listo y se quemó el computador" —se lamenta la realizadora—. Siempre le decía: "Señora Berta, la voy a llamar un día y vamos a proyectarlo en el asilo para que todos sepan que usted es actriz".

Asume que eso era imposible, porque el material rodado estaba perdido... hasta hace unos meses, mientras ordenaba el entretecho de la casa de sus padres, lo encontró guardado en una caja. Hoy está en plena edición y ya cuenta con un afiche para postularlo a festivales: se llama *El león de Berta*.

—Esto me parece maravilloso —relata entusiasmada—. Siempre me he sentido en deuda con ella, y hoy tengo el deber de cumplirla. No importa que se haya muerto, no importa, hay que hacerlo igual, porque nunca es tarde para nada en la vida. La señora Berta nos dejó ese mensaje. S.